

Época, Montevideo, Año 4, Nº 1233, viernes 7 de enero de 1966, p. 10.

El tercerismo y Solari (III)

Por *Carlos Real de Azúa*

LOS TRES DESENFUQUES DE UN PLANTEO

Parece, con todo, hora de dejar los antecedentes y abordar el núcleo central de **El tercerismo en el Uruguay**. Todo lo que tras este punto pueda decirse será discusión de “*pareceres*”, lo que no me resulta tan despreciable como a otros. Y si esto me sucede es porque ocurre que en torno a ellos -a veces Solari sólo dando pie- tiene que colaborar en una tarea de clarificación y redefinición. Una tarea que creo muy urgente y de una significación práctica, militante en extremo considerable. Si así no fuera, podría ser infinitamente más breve.

¿SUSTANTIVO O ADJETIVO?

¿Es el tercerismo una ideología perfilada y concreta, una corriente política de inequívoco contenido? ¿O no será más bien un término cómodo y no demasiado esclarecedor, un molde que debe llenarse y aun puede serlo con variadas sustancias? Entre este sentido, que cabría llamar formal, abstracto y el primero, el ensayo de Solari oscila incesantemente. En alguna ocasión reconoce -lo que es cierto- que el tercerismo presenta evidentes vacíos e insuficiencias.

En otra lo ve -a mi juicio correctamente- como una consecuencia, un corolario táctico de un sano nacionalismo (p. 114). Tres páginas más adelante parece volver a considerarlo una ideología pretendidamente completa.

El punto es demasiado decisivo como para que puedan aceptarse en torno a él imprevisiones tan graves. Si el tercerismo -como personalmente creo- es uno de los calificativos de determinada postura ideológica política que desde hace dos décadas busca formalizarse en el mundo, ¿se puede pretender que dé esa respuesta intergiversable que Solari le reclama? ¿No será que no puede, que no tiene que darla? Entre otras razones por no ser un protagonista identificable del debate político mundial y sí sólo una sombra, una proyección, un adjetivo -esclarecedor pero circunstancial- del auténtico protagonista. Y ese protagonista -creo haberlo ya aventurado- en el área del Tercer mundo es el esfuerzo de su conciencia política por promover, desde la “*praxis*” de su liberación y de su búsqueda de formas socioculturales idóneas, una corriente ideológica propia. Por lentamente que esa corriente engrose, por grandes que sean los retrocesos que sufra, ahí está el sujeto

cierto de reflexión, de repensamiento. Buscando su cauce con el máximo margen de latitud que lo histórico permite, no preexistiendo a nosotros sino reclamando de nosotros, de todos, de cada uno, el más alto esfuerzo de devoción y de lucidez para echarse a andar por los tiempos.

¿UN TERCERISMO URUGUAYO?

No me parece que a Solari le acucie mucho esta tarea en lo que contiene de programación y no de esclarecimiento, de “*filosofía política*” en el sentido clásico de la expresión. O tal vez no consideró este ensayo la mejor oportunidad de acometerla.

Demasiado agudo es, sin embargo, para no comprender que sin un esquema de valor descriptivo y relativamente circunscripto, su reflexión no hubiera dado muchos pasos. Para salvar la dificultad recurre, entonces, a dos arbitrios. El primero es localizar en el Uruguay su examen; el segundo es dar por supuesta, por irrefutable determinada conformación del tercerismo.

Es cierto -y esto representa una de las cautelas profesionales del científico social y aun de cualquier científico- que toda investigación debe recortar un sector de lo real que sea abarcable. La exigencia se hace más perentoria cuando el historiador o el sociólogo han de enfrentarse a fenómenos socioeconómicos o socioculturales de amplitud mundial y aspiran a pasar de las generalidades y quieren llegar a un contacto vivo y desafiante con su tema. Si trazo una historia mundial del colonialismo (y pienso en el excelente manual de Jacques Arnault) tendré que descansar en lo que ya otros investigaron; si elijo un área más restricta podré alcanzar conclusiones verdaderamente esclarecedoras. Y para continuar con el mismo ejemplo del colonialismo (fenómeno a la vez fáctico e ideológico) esto ocurrirá (o podrá ocurrir) si el analista fija su mirada sobre el Congo, o Sumatra, o Nicaragua, o Ceilán. Del examen de un segmento particular -al modo de la “*reducción fenomenológica*”- será posible casi siempre alcanzar la esencia del fenómeno. En cambio, es más que dudoso que pueda llegar a tan sabrosos resultados quien hiciera una historia del colonialismo en Dinamarca. Esta explicación, aparentemente ociosa, apunta una verdad bastante sabida: en la ciencia, como en la fotografía, hay enfoques que pagan el revelado y otros que no lo pagan. El caso de las “*ideologías*” no es una excepción a la regla. Para no ser largo en este punto pienso que los estudios de ellas que verdaderamente tienen sentido son los que [...] (1) períodos y lugares en que una ideología madura y se hace funcional. ¿Puede excusarse de un estudio del liberalismo inglés quien quiera entender -verdaderamente- el liberalismo? Es probable, con todo, que tal índole de enfoques no sea, a la luz de lo que hoy sabemos de las “*ideologías*”, el único capaz de remunerar un esfuerzo serio. A la luz de eso que hoy sabemos se nos hace también decisivamente interesante estudiar su índole “*afuncional*”, su efecto distorsionador en los medios que las recibieron por ministerio de la enajenación mental de las “*minorías cultas*” y de la solapada seducción

imperialista. Cuando Celso Furtado, por ejemplo, analizaba los efectos del libre cambio económico en el Brasil, cuando los historiadores revisionistas de la Argentina han vinculado el proceso del liberalismo económico y político y las brutales consignas de Sarmiento, reclamando el genocidio de su pueblo, su labor de esclarecimiento ha sido intelectual y políticamente decisiva.

En el medio de estos dos extremos, los premios de otros exámenes son menos seguros. Y creo que esto es lo que ocurre justamente con el del **Tercerismo en el Uruguay**. Sé lo que Solari podrá alegar: es el que tenía cerca, es el Uruguay y no Transjordania lo que, primeramente, le interesa. También sé que cabe invocar -y él justamente lo hace- la alta receptividad del Uruguay a las ideologías universales, su fácil, peligrosa capacidad de sentirse implicado en muchas cosas bastantes distantes a lo que a más a mano le interesa. Me atrevo, con todo, a sostener que en lo que en el tercerismo hay de mejor y en lo que especialmente podrá llegar a convertirse este interés de espectadores, esta propensión a balconear poco tendrá que ver. Y que, salvo para sectores por demás incipientes, el tercerismo ha tenido esta naturaleza, me resulta difícil de rebatir. Tal naturaleza se recoge fácilmente en los textos que Solari agrega (hay que hacer notar que el más reciente es de 1954) y de otros con que se le ha replicado. Para que ocurra otra cosa, mucho tendrá que cambiar la orientación general del país, mucho que transformarse la conciencia de sus mayorías -aun tan maltratada como hoy lo está- de constituir una especie de pequeña Europa, equilibrada y prestigiosa, enquistada en el flanco de un continente con el que poco tiene que ver. Mientras esto no suceda es comprensible que las manifestaciones terceristas y sus textos tengan ese carácter puramente crítico y literalmente excéntrico que en verdad tienen.

Resumiendo: hay derecho, sin duda, a realizar un estudio sobre el tercerismo en el Uruguay. Pero si ese estudio se realiza tampoco hay duda que arrastrará los mismos rasgos de operación reductiva y hasta un poco caricaturesca que si se analiza, largamente, el liberalismo en el Paraguay. Los lógicos hablan de "*falacias reductivas*". Al estudio de Solari habría que llamarlo falacia reductiva por localización. Si una doctrina de índole tercerista tiene un destino, parece seguro que él terminará de perfilarse en ciertas zonas decisivas del resto del mundo y, así, ejercerá su impacto en el país. Lo mismo ha pasado con todas las ideologías universales. Otro cantar y otra cuestión es si no servirá mejor la promoción de nuestra realidad que todas las anteriores y si tendremos que recibirla tan miméticamente como en general lo hemos recibido todo.

ENTRE LA VERDAD Y LA CARICATURA

Aunque acepta que existan otras posibles (p. 22), Solari ha preferido (insisto en el verbo) manejarse con cierta imagen del tercerismo. Cada uno espera poder estimarlas en forma independiente; pero, ahora, vale la pena mencionarlas en conjunto. El tercerismo es, para Solari un movimiento que expresa un anhelo de

independencia y libertad de opinión (lo que me parece indiscutible). Pero además es obsesivamente (vuelvo a insistir que es su opinión) antiimperialista y antiyanqui. Mantiene relaciones más que equívocas con el nacionalismo y el internacionalismo. Se mueve dentro de un estilo y unos valores democráticos entendidos en el sentido más tradicional de la palabra. Es anticomunista. Desdeña en general precisar los aspectos económicos de su doctrina y es hostil a las tesis “*desarrollistas*” y aun a la industrialización.

Importa ante todo una negativa de opción en la pugna mundial de las superpotencias (Estados Unidos y el bloque soviético). Traduce esto en una actitud de “*equidistancia*” entre ambas. Y, último rasgo, que tal vez es el más ominoso para él, congregando tras de sí los más activos sectores estudiantiles y a la mayoría del sector intelectual. En este punto, Solari parecería estar pensando en una especie de superseleccionado que, por serlo, no tiene nadie con quien jugar. Y entonces, como es obvio, no lleva público. No hace recaudaciones. Pero también hay un último punto y muy importante: no parece tener para Solari nada que ver con el marxismo y sus variedades; nada que ver tampoco con las realidades religiosas y culturales del mundo.

Todas estas presencias y estas omisiones no son inútiles de considerar.

(1) La impresión defectuosa del diario impide leer algunas palabras en esta línea.

(Esta es la tercera de varias notas dedicadas a **El Tercerismo en el Uruguay**, de Aldo Solari. Editorial Alfa, 1965).